

el momento de la acción

por Monique Barbut

El pasado diciembre ha sido un mes emblemático en el gran frente del cambio climático. En el espacio de sólo cinco días, este tema fue la verdadera estrella en la ceremonia de adjudicación del Premio Nobel de la Paz, y los gobiernos de todo el mundo firmaron el Plan de Acción de Bali, nuevo mapa de ruta para encontrar las soluciones. Juntos, ambos acontecimientos contribuyeron a dinamizar en forma exponencial los debates mundiales.

La reunión de Bali representa un giro importante en el esfuerzo de la comunidad internacional para tratar de determinar cómo nos adaptamos al cambio climático. Las comunidades han adoptado la variabilidad climática desde hace siglos, utilizando los conocimientos autóctonos y soluciones improvisadas e ingeniosas. Este tipo de planteamiento no basta para resolver los problemas actuales del calentamiento mundial. Los testimonios de las personas de todo el mundo en desarrollo que pueden presentar testimonios de primera mano sobre sus destrozos resultan abrumadores. Han observado impotentes cómo sus tierras se inundan, su litoral se erosiona y sus cultivos, hogares y medios de subsistencia se destruyen.

Estas manifestaciones del cambio climático han remodelado en forma silenciosa pero trascendental el debate sobre las políticas. Desde hace más de 10 años, la comunidad mundial ha debatido la posibilidad de exigir a los países industrializados que reduzcan las emisiones de gases de efecto invernadero. Estas estrategias de "mitigación", incluido el acuerdo de Kyoto, tienen un valor inestimable, aunque son demasiado tímidas. La tendencia dominante es en favor de la "adaptación": hacer las cosas de distinta manera para reducir los efectos del calentamiento mundial en el suministro de alimentos, el agua potable, el riego y la salud pública, particularmente en el mundo en desarrollo. La adaptación ha sido durante muchos años el hijo huérfano del movimiento del cambio climático. Las intervenciones reales y significativas en este frente pueden contribuir enormemente a resolver los problemas actuales y futuros del calentamiento mundial.

La dolorosa paradoja de la adaptación es que los países en desarrollo más pobres no tienen casi ninguna responsabilidad en el cambio climático, ya que sus economías incipientes emiten sólo pequeñas cantidades de gases de efecto invernadero. No obstante, muchas veces son las que se ven más afectadas por el calentamiento mundial y las menos capaces de pagar las medidas de adaptación pertinentes, como el seguro de las cosechas, el tratamiento del paludismo y el dengue, nuevas variedades de cultivos más resistentes a la sequía y a las inundaciones e infraestructuras que protejan frente a los desastres naturales y las inundaciones amplificadas por el cambio climático.

Una de las decisiones más esperadas de Bali era un acuerdo que permitiría dar vida inmediatamente al Fondo para la Adaptación del Protocolo de Kyoto, que se había estado planificando durante varios años. Se eligió al Fondo para el Medio Ambiente Mundial (FMAM) para que prestara los servicios de secretaría, y su labor organizativa ha comenzado a funcionar ya bajo la autoridad de la Conferencia de las Partes/Reunión de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC). La secretaría ayudará a la junta del Fondo, facilitando su labor a la hora de formular políticas y orientaciones operacionales, decidir sobre proyectos y asignar fondos en consonancia con los principios, criterios, modalidades, políticas y programas del Fondo para la Adaptación.

Un rasgo singular es que la mayor parte del financiamiento del Fondo procederá del 2% de los ingresos resultantes del mecanismo para un desarrollo limpio, a través del cual los países industrializados intercambian derechos de emisión con países en desarrollo menos contaminantes. Ello ofrecerá a estos últimos la posibilidad de intervenir más en su gestión, ya que mostrarán especial interés en la forma en que se utilizan los recursos que están aportando.

El Fondo se distingue también de anteriores iniciativas del FMAM en cuanto que los países ahora podrán presentar sus propuestas directamente a la Junta, que decidirá las modalidades y condiciones precisas, sin pasar necesariamente a través de un organismo o entidad de ejecución.

El desafío inmediato es hacer el mejor uso posible de los recursos. Afortunadamente, el FMAM se dedica desde hace más de una década a financiar la adaptación. En febrero de 1997, aportó 6,8 millones de dólares para ejecutar el proyecto "Caribe: Planificación para la adaptación al cambio climático", primero de este tipo de proyectos financiados por el FMAM y uno de los primeros en todo el mundo en que se incluyeron tanto medidas prácticas como actividades de fortalecimiento de la capacidad en este terreno. A medida que la cuestión adquirió mayor prioridad para muchos países en desarrollo, el FMAM respondió a las orientaciones de la CMNUCC estableciendo la Prioridad estratégica en materia de adaptación, por valor de 50 millones de dólares. Ésta ha prestado apoyo a numerosos proyectos en todo el

mundo, con especial atención a los proyectos piloto y de demostración que generan beneficios reales sobre el terreno. Como ejemplos cabe citar los siguientes:

- Programa de adaptación de Kiribati;
- Integración de la vulnerabilidad y la adaptación al cambio climático en la planificación y ejecución de políticas de desarrollo sostenible en África meridional y oriental;
- Restauración y gestión participativa de la zona costera en la Provincia Oriental de Sri Lanka después del tsunami, y
- Proyecto nacional integrado de adaptación en Colombia.

En 2001, la CMNUCC estableció el Fondo especial para el cambio climático y el Fondo para los países menos adelantados, y pidió al FMAM que los administrara, dando máxima prioridad a la adaptación. Gracias a ellos se pudieron financiar muchos programas de acción de adaptación nacional en los países menos adelantados, junto con medidas tan concretas como el proyecto Adaptación a la conservación en Guyana. Continúan los trámites de preparación de un proyecto para la reducción de los riesgos y vulnerabilidad inducidos por el cambio climático resultantes de las crecidas de lagos glaciares en los valles de Punakha-Wangdi y Chamkhar, en Bhután. Todo este proceso ha atraído más de 270 millones de financiación adicional para proyectos y programas de adaptación en todo el mundo.

Todo ello es bueno, pero ¿es suficiente? Después de Bali debemos comenzar la tarea igualmente importante y ardua de cimentar el Fondo para la adaptación en una arquitectura internacional mucho más amplia a fin de hacer frente a los cambios fundamentales en la vida de la Tierra provocados por el cambio climático. Ello afecta a los medios de subsistencia de los países tanto desarrollados como en desarrollo y de las personas ricas y pobres y a todos los sectores de la sociedad y de la economía.

En un estudio reciente del Banco Mundial se estimaba que, en cifras mundiales, los costos incrementales anuales de adaptación al cambio climático proyectado serán probablemente del orden de 10.000 a 40.000 millones de dólares. Muchos países en desarrollo simplemente no podrán hacer frente a esta carga, además de responder a sus actuales desafíos en materia de desarrollo. Se necesitará apoyo adicional. Otro estudio estimaba que casi el 40% de todos los proyectos de desarrollo demuestran alguna forma de vulnerabilidad al cambio climático. Los costos significativos de modificarlos representarán una carga para muchos países en desarrollo pobres. Por ello, deben ponerse en marcha nuevas políticas innovadoras, para lo que se requerirán más recursos.

Para financiar la adaptación al cambio climático se necesitan tres cosas. En primer lugar, debemos revisar el carácter del desarrollo convencional viéndolo a través del prisma de la vulnerabilidad para determinar cómo y dónde debemos cambiar nuestra manera de hacer las cosas. Para conseguir que el crecimiento futuro tenga mayor capacidad de resistencia es necesario incorporar la perspectiva del cambio climático en los actuales programas de desarrollo. Los países en desarrollo deberán incorporar la adaptación al cambio climático en todas sus políticas y prioridades de desarrollo. De esa manera se reducirá su vulnerabilidad y el costo de la adaptación, al mismo tiempo que se aumenta su capacidad de resistencia.

En segundo lugar, la adaptación requerirá nuevas inversiones y financiación para actividades que anteriormente no habrían resultado necesarias. Por ejemplo, llegarán a aplicarse programas de lucha contra vectores en áreas donde los cambios en las pautas de las temperaturas y de las precipitaciones crean un nuevo entorno para enfermedades como el paludismo y el dengue. De la misma manera, se necesitarán nuevas inversiones para intervenir en lugares donde antes ocurría una inundación cada 50 años y ahora se produce cada cinco, o en los casos de asentamientos abandonados y de reubicación de poblaciones.

En tercer lugar, como todo el mundo tendrá que aprender a adaptarse, serán necesarias medidas conjuntas y coordinadas: las iniciativas aisladas no conseguirán los objetivos deseados. La cooperación internacional deberá hacer menos hincapié en quién es el que interviene o qué es lo que hace, e insistir más en medidas que — si se ponen en práctica en forma de empresa conjunta — neutralizarán los efectos negativos en la vida y medios de subsistencia de las personas. Hay que evitar la balcanización de los esfuerzos mundiales en relación con el cambio climático.

Estas perspectivas deben asentarse firmemente en el mecanismo internacional posterior a Kyoto, si queremos que el mundo consiga avanzar frente al cambio climático.